

Libreta de Apuntes

Por Sergio Guisasti



El Premio en su quicio

■ Digámoslo, señor, con toda franqueza: en los últimos años, el Premio Nacional de Literatura como se anduvo desestibando, perdió su esencia, y quedó fuera de su quicio, de su orden, de su estado normal.

■ Acaso, también, jurídico, porque el espíritu del legislador —que lo estableció en 1942— fue distinguir a los escritores chilenos por su obra u obras creativas, de imaginación.

Por ello —con aplauso unánime— lo recibieron, entre otros, D'Halmar, Latorre, Prado, González Vera, la Mistral, Neruda.

Le asistió plena razón, entonces, al reputado crítico literario J. Miguel Ibáñez Langlois para esperar —“con una esperanza más teológica que humana”— una reacción de justicia o aún de simple decencia para el Premio de este año.

Y ello —por fortuna— se ha producido ahora, ya que se acaba de honrar al quehacer de un escritor sobresaliente, vecino cabal de la poesía, orfebre prolijo de la palabra.

Empero, excúseme usted que —en medio del bullicio y del aplauso que ha provocado este regreso del Premio a su existencial finalidad— traiga

la nostalgia triste, el recuerdo ya desdibujado, confuso, difuso, de alguien que hace años debió merecerlo: María Luisa, la postergada.

Sí, María Luisa Bombal, la amortajada en vida, extraviada para siempre en su última y definitiva niebla.

Es que los chilenos, señor, solemos ser así: egoístas, injustos, renuentes al elogio y al reconocimiento.

Sin embargo, cuando todo es irreparable —cuando la muerte borró perfiles y desvaneció almas— con tardía compunción nos mostramos proclives al encomio, a la apología.

Por eso mismo —cuando aún vivía— esta columna pidió para la Bombal el supremo galardón que nunca llegó y que debió proceder al que ahora —con entera justicia— se le ha concedido a Roque Esteban Scarpa.

El Premio Nacional de Literatura ha vuelto, pues, a recobrar su eje, su sustancia.

Lo que —en los tiempos que corremos— no es poco decir, señor.

Al margen de la labor misma de Scarpa como poeta, como ensayista, como profesor —que es ancha, densa y selecta— a mí me parece que con él se retoma un camino que nunca debió desviarse, perderse.

Además Scarpa —recuérdese “El joven laurel”— ha sido, más que un maestro, un decidido y decisivo impulsor de la creación literaria entre sus alumnos.

Hoy varios de ellos sobresalen en los campos de la poesía, de la crítica, del ensayo, de la novela.

Esto solo —de por sí— ya es digno de elogio, porque, en un mundo de apetencias materiales desbocadas, no es nada fácil promover y sostener una prolongada tarea formadora de nuevos escritores.

Los premios y los hombres pasan, perecen, desaparecen: sólo quedan sus obras, lo que es perdurable, indestructible.

Y las de Roque Esteban Scarpa —¿qué duda cabe, señores!— sobrevivirán más allá del tiempo y del olvido.

Lo Segundo. Sep. 1-IX-1980.
715536

P.2.

El premio en su quicio [artículo] Sergio Guilisasti.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guilisasti Tagle, Sergio, 1923-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El premio en su quicio [artículo] Sergio Guilisasti. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile